

Veneres - 21 de Mayo de 1943

Viajeros sin boleto

Subo a la micro, pago mi sagrado peso y me siento. Miro alrededor: caras indiferentes. Hace un día sombrío y húmedo. La micro atraviesa las bocacalles de Arturo Prat, Serrano, estétera, y llega a Carmen. Allí, al mirar hacia adelante, veo que el chofer gesticula y toca la bocina. ¿Qué pasa? En una micro que marcha un poco más adelante podemos ver, incómoda pero tranquilamente sentados en el parachoque trasero, hurtándole el cuerpo a los pocos clavos que en el parachoque quedan, a cinco niños. No son, como dice el cantar español, "montoncitos de carne morena", a pesar de que también lo son: son, más que nada, montoncitos de mugre vestidos de hilachas

Las caras, renegridas de mugre; los pies, cubiertos de una capa de mugre; las rodillas, que se ven a través de los agujeros de los pantalones, negras también de mugre. ¡Y qué decir de las hilachas con que cubren sus cuerpecillos! Lo único limpio en ellos es la pupila de los ojos. Lo demás es mugre sobre mugre. Allí, sentados en el parachoque, me hacen recordar las golondrinas de mi barrio, que en este tiempo, en trance de emigrar, esperan, paradas sobre los alambres del teléfono, la orden de partida.

Nuestro chofer se apresura, alcanza a la otra micro, ~~me~~ ^{las} apareja ~~me~~ ^{de su compañero} máquinas ~~de su compañero~~, llama la atención y le hace unas señas muy raras: le muestra, por ejemplo, una mano con los cinco dedos estirados o las dos ~~manos~~ con dos y tres dedos ~~una~~ amenazando el techo de la micro. Luego, cerrando el puño derecho, le hace con el pulgar unas enérgicas señas hacia atrás. El otro chofer le mira como quien mira llover. ¿Qué le pasará a su compañero? No entiende una palabra, mejor dicho, no ~~entiende nada~~ deduce nada de todos aquellos dedos estirados.

Llegan las micros a la plaza Italia y los chiquillos descienden del parachoque con la prestancia de quien desciende de un pullman: han llegado a su punto de destino. Parten las micros y no puedo menos que lanzar una carcajada: el chofer de los gestos lleva, en el parachoque de su máquina, sen-

(Yo, que me he bajado también)

tados con una desenvoltura realmente principesca, a dos chiquillos tan mugrientos y tan rotosos como los que acaban de bajarse de la otra micro.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©